



Todos los
lugares que
mantuvimos
en
secreto

Inma Rubiales

Inma Rubiales

Todos los lugares que mantuvimos
en secreto



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Inmaculada Rubiales Valero, 2024

Autora representada por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: © Elena Pancorbo

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición en Colección Booket: enero de 2025

Depósito legal: B. 20.168-2024

ISBN: 978-84-08-29766-6

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España



Maeve, abril, 2023

Hay aproximadamente ocho mil kilómetros de distancia entre Miami y este pueblo cuyo nombre todavía no he aprendido a pronunciar.

La última vez que estuve aquí tenía seis años, el pelo corto a la altura de las orejas y la certeza de que era una niña feliz. Ahora miro por la ventanilla, hacia las calles cubiertas de nieve, y me da rabia no acordarme de nada. Son solo las cinco de la tarde, pero fuera está tan oscuro que parece de madrugada. La iluminación del pueblo es más bien escasa; habrá, como mucho, una farola cada trescientos metros. Los faros del taxi pasan a ser lo único que alumbra el camino cuando nos adentramos en el bosque.

Con un tembleque molesto en la pierna, reviso la dirección que apunté en las notas del móvil: 614 2501. Sarkola, Pirkanma.

Parece un trabalenguas. O un conjuro.

Pero no.

Es el pueblo de mi madre.

Durante un tiempo fue el mío también. No reniego de mis orígenes; simplemente no los recuerdo. Para mí no hay nada «familiar» en los árboles altísimos que bordean la carretera, ni en las casas de madera con las paredes rojas y el tejado gris que acabamos de dejar atrás. Me hubiera gustado ver fotografías antiguas de mamá, pero mi padre no guarda recuerdos suyos, así que no tengo nada. He venido a ciegas. Ni siquiera pude encontrar mucha información en internet, más allá de que es un pueblo pequeño, de unos seiscientos habitantes, donde ni siquiera hay

un supermercado. Seguro que es el último lugar en el mundo al que cualquier persona en su sano juicio querría ir.

Y yo he gastado buena parte de mis ahorros para llegar aquí.

He perdido la cuenta de las horas que llevo de viaje. Según lo que ponía cuando compré los billetes, han sido treinta y seis, entre transbordos y trayectos de avión y de autobús. He dormido en aeropuertos, pasado unos seis controles de seguridad y perdido el sentido del tiempo. Era de día cuando salí de Miami y ahora ya ha anochecido, pero no sé cuántos días han pasado, ni si es viernes, sábado o domingo. No tengo billete de vuelta. Puedo imaginarme lo que diría Mike si me viera en estas circunstancias.

«Esto es demasiado, incluso para ti».

Aparto esos pensamientos de mi mente antes de que vuelvan a torturarme, tal y como han hecho durante las últimas treinta y seis horas.

—*Olemme täällä, neiti.* —El taxista me mira por el espejo retrovisor. Ha parado el coche, por lo que no necesito entender el idioma para saber lo que me ha dicho: por fin hemos llegado.

Echo otro vistazo por la ventanilla. En algún lugar ahí fuera, sumergida en la oscuridad, está la antigua casa de mi familia. Lleva inhabitada catorce años, desde el día que nos fuimos. No sé qué esperaba al llegar aquí. Quizá que entraría utilizando la llave que guardaba como un tesoro en el cajón de mi mesilla —es uno de mis únicos recuerdos de mamá— y que, al volver a la casa en la que pasé mis primeros años de vida, todo volvería a ser como antes. Que por fin sentiría que he encontrado mi sitio. Que podría decirle adiós a esa soledad pesada, dolorosa y punzante que me acompaña desde hace años.

Además de impulsiva, a veces también soy muy ingenua.

El conductor frunce el ceño al notar que no respondo. Debería abrir la puerta y salir del coche de una vez. No lo hago.

—¿Conoce un hostel cercano? —inquiero en vez de eso. Me tiemblan las manos. Lo disimulo metiéndolas bajo mis piernas. Tengo que ser sensata: no puedo pasar la noche aquí. La casa está en medio del bosque y lleva muchos años abandonada. Lo más seguro es que no tenga agua, electricidad ni calefacción. No puedo enfrentarme a todos esos problemas ahora—. Un hostel —repito al ver su cara de confusión—. ¿Un hotel? Para dormir.

Sus ojos se iluminan. Asiente y vuelve a poner el coche en marcha. Me echo hacia atrás con un suspiro. No sé si me ha entendido del todo, pero al menos sabe que quiero salir del bosque. De hecho, diría que incluso parece un poco aliviado. A lo mejor temía dejarme aquí sola, que me comiese un oso y que eso pesase para siempre en su conciencia.

Cuando, unos minutos después, me deja frente a una casa grande con la luz del porche encendida, estoy convencida de que: a) me ha dado unas instrucciones que no he entendido y b) ha aprovechado mi desconocimiento con el euro para cobrarme de más. Decido dejárselo pasar, porque podría haberme abandonado en el bosque. Tampoco sabría cómo recriminárselo, de todas formas. Debería comprarme un diccionario. Y unas botas de verdad. Estas son demasiado delgadas para la nieve. Hace rato que no siento los dedos de los pies. ¿A cuántos grados estamos? ¿A menos veinticinco? Estoy acostumbrada a las temperaturas de Miami y el frío aquí es un horror. Da igual cuánta ropa lleve encima; no puedo dejar de tiritar.

Me pregunto si la humedad será culpa del lago.

Dichoso lago. Ya lo odio y todavía no lo he visto.

¿Qué diablos hago aquí?

«Imprudente. Eres una imprudente».

«Deberías estar en casa. Conmigo».

«Teníamos un futuro. Teníamos una vida».

Entro en el hostel.

Lo primero que me llama la atención es que el edificio tiene dos puertas; la exterior conduce a un minúsculo habitáculo con una rejilla en el suelo, donde me sacudo la nieve de las botas antes de abrir la siguiente. Lo segundo es el calor. La calefacción está a máxima potencia. El suelo está cubierto de moqueta gris, las paredes son de madera, y los muebles, rústicos. Hay un mostrador al fondo. Arrastro la maleta hasta allí con la mochila colgando del hombro y toco la campanita con los guantes todavía puestos. Al ver mis huellas en la moqueta, siento una punzada de vergüenza. A lo mejor tendría que haberme descalzado.

Espero que les queden habitaciones.

¿Qué se supone que tengo que decir? ¿Buenos días? ¿Buenas tardes? ¿Buenas noches? Son apenas las cinco.

—Hola —decido finalmente. Fuerzo mi mejor sonrisa cuando un hombre de unos cincuenta años sale por la puerta que hay tras el mostrador. Lleva el pelo corto, una camisa a cuadros y una barba prominente—. Yo... —Me aclaro la garganta—. Me gustaría saber si tienen...

—¿Habitaciones libres? Por supuesto.

«Gracias al cielo. Alguien que habla inglés».

Me lanza una mirada furtiva antes de ponerse a teclear en el ordenador. No debo de dar buena impresión. Abrigada hasta las cejas, con mi mochila y mi maleta a cuestas, seguro que parezco un perro abandonado.

—Necesito quedarme unos días —añado—. Pagaré lo que haga falta. En efectivo. —Lo último que necesito es que mi padre rastree mis tarjetas.

Eso le hace fruncir el ceño. Sin embargo, tras un silencio corto, solo indaga:

—¿Estadounidense?

—De Miami. —Procuro desviar la conversación hacia él para que no me haga más preguntas—. Usted tampoco es de por aquí, ¿verdad? Tiene un acento inglés muy marcado.

—Nací en Mánchester, Inglaterra. Vivo aquí con mi mujer y mis hijos desde hace ya muchos años.

Mánchester. Conozco la ciudad. He estado allí varias veces acompañando a Mike por asuntos de negocios. Estoy a punto de mencionarlo. Por suerte, me detengo a tiempo. Si quiero dejar atrás esa vida, el primer paso es no hablar más de ella.

—Me alegro de haber encontrado a alguien que hable inglés —digo en cambio.

Me desorienta un poco que él se eche a reír.

—Deberías decirles eso a mis hijos. Sobre todo a los mellizos. No hay forma de que le cojan el gusto al idioma. —Se oye una voz desde dentro de la casa. El hombre responde algo que no entiendo antes de volver a prestarme atención—. Es mi esposa —me explica con amabilidad.

Ella aparece unos segundos después con un niño dormido en brazos. Ambos tienen la piel clara, los ojos rasgados y el pelo casi tan blanco como la nieve. Intercambia unas palabras con su marido.

—Hanna quiere saber qué te trae por aquí —dice él.

—¿Ella no...?

—Ah, no. Sí que habla inglés. Pero no suele hacerlo cuando Niko está delante.

—Queremos que se acostumbre a hablar los dos idiomas en casa —me susurra ella, dedicándome una sonrisa cansada. Admiro la fuerza que tiene en los brazos; el niño no es precisamente un bebé. Debe de tener unos cinco o seis años. Seguro que pesa una barbaridad.

—Necesitaba un sitio para pasar la noche. —Imagino que esperaban algo más, pero no voy a entrar en detalles—. Tenía entendido que esto era un hostel.

—Cuando hay extranjeros en la zona, lo es —contesta el hombre—. Eso no pasa a menudo, así que la mayor parte del tiempo es solo un hogar.

—Tenemos una tienda de comestibles aquí al lado —prosi-gue Hanna, todavía sin levantar la voz.

—Es un pueblo pequeño, ¿verdad? —pregunto yo.

—Muy pequeño.

—Supongo que ahí reside su encanto.

Con eso me gano una sonrisa de su parte.

—Sí. Tenía una amiga que solía decir eso. —A continuación, se vuelve hacia su marido—. Las habitaciones no están preparadas. Puedes darle la cabaña que ocupó el último huésped. Es muy acogedora —me asegura—. Te encantará.

—Gracias. —Lo único que me importa es que tenga una cama y silencio para poder dormir.

El hombre se pone a teclear otra vez.

—Necesitaré tus datos para el registro, eh...

—Maeve —me presento—. Maeve Fraser.

La expresión de Hanna se congela.

Intercambian una mirada sorprendida y clavan sus ojos en mí. La habitación se sume en un silencio absoluto. Es como si me vieran por primera vez.

—Eres igual que ella —susurra Hanna—. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

Me da un vuelco el corazón.

Sé a quién se refiere.

—¿Usted conoció a mi madre?

La mujer abre la boca, pero la cierra enseguida, incapaz de hablar. Justo en ese momento, el niño lloriquea y se revuelve entre sus brazos. A mí me late el pulso fuerte en los oídos. Quiero exigirle que conteste, que me hable de ella, que me cuente todas las historias que mamá nunca me contó. Su marido interviene poniéndole una mano en el hombro para darle un apretón.

—Maeve acaba de llegar de Miami. Debe de estar cansada del viaje. Dejemos que se instale. Y que duerma. Podemos hablar por la mañana. —La mujer asiente, todavía sin salir de su estupor. Él la acompaña dentro y, cuando regresa, vuelve a colocarse frente al ordenador—. Necesito el resto de tus datos, Maeve. No te preocupes. No tardaremos mucho.

Lo siguiente que sé es que se los dicto como una autómatas: Maeve Fraser, veinte años, residente en Estados Unidos, y mi número de pasaporte. Probablemente no sabría decir mucho más sobre mí misma. Después John —dice que se llama John— se ofrece a llevar mi maleta hasta mi cuarto. Salimos del hostel y enseguida echo de menos el calor de la calefacción. Por suerte, la cabaña no está lejos; la puerta se encuentra a unos dos minutos andando, en la parte derecha de la casa, frente al lago.

Me tranquiliza que esté adosada al edificio principal. Con suerte, también tendrá calefacción.

—Antes la utilizábamos como trastero —me cuenta John mientras forcejea con la cerradura—. Hace unos meses mi mujer se empeñó en redecorarla y ahora es una de nuestras mejores habitaciones. Tendrás mucha más privacidad.

Cuando John enciende la luz, compruebo que Hanna hizo un buen trabajo con la decoración. El suelo y las paredes son de madera y el mobiliario es rústico y sencillo: hay una cama doble, una alfombra redonda, una cómoda, un sofá y una puerta que imagino que conducirá al baño. John va directo a encender la chimenea mientras yo me froto los brazos para intentar entrar en calor. Hace un frío de muerte aquí dentro.

—¿De qué conocía a mi madre? —No puedo evitar preguntárselo mientras lo veo colocar la leña.

—Éramos buenos amigos —explica él con un suspiro—. De

hecho, tú solías pasar mucho tiempo con nosotros. Supongo que no te acuerdas. Cuando os fuisteis, todavía eras muy pequeña.

Noto una presión dolorosa en el pecho. Es verdad. No me acuerdo.

Pero estas personas conocieron a mi madre.

Ella estuvo aquí.

Es posible que pisara esta misma habitación.

El fuego regurgita cuando John lo enciende por fin. Se incorpora sacudiéndose las manos.

—Asegúrate de mantenerlo encendido. Tenía la esperanza de que la calefacción funcionara, pero, viendo el frío que hace aquí, no ha habido suerte. La revisaré por la mañana. Debería dejarte descansar. Si tienes hambre, puedo pedirle a mi hija Sienna que te traiga algo de cenar. O a Luka o a Connor, aunque probablemente te envenenarían sin querer —tercia con tono burlón.

Odio que sea tan amable conmigo. Hace que mi coraza se tambalee y que todo el peso del viaje me caiga encima: el frío, el cansancio, la soledad, la incertidumbre. No sé qué voy a hacer mañana. No sé cómo voy a convencer a papá de que no pienso volver a casa. No sé cómo voy a aguantar un solo segundo más sin echarme a llorar.

—No tengo claro durante cuánto tiempo podré pagar la habitación —me sincero. Concentro todos mis esfuerzos en evitar que se me rompa la voz—. Yo no..., no tengo adónde ir. Mi móvil no tiene cobertura, solo traigo dinero en efectivo y la casa de mi madre no... No...

—Maeva. —Su voz es firme y tranquila, como la de un padre acostumbrado a calmar a sus hijos pequeños—. Doy por hecho que tienes intención de quedarte un tiempo.

Eso me hace reaccionar. Me obligo a mantener la barbilla alta. No solté ni una lágrima cuando me subí al avión. No pienso hacerlo ahora.

—No voy a regresar a Miami. —Si hay algo que tengo claro, es eso. No sé adónde pertenezco, pero, si de verdad cuento con un lugar en el mundo, tengo la certeza de que no es ese.

—En ese caso, tenemos mucho de lo que hablar. Lo haremos cuando amanezca. Ahora deberías intentar dormir un poco.

—Prometo que os pagaré todo lo que pueda.

Él niega mientras se dirige a la salida.

—Bienvenida a Finlandia, Maeve —dice, abriendo la puerta para marcharse—. Ahora ya estás en casa.



Mi primera noche en Finlandia sueño con Mike, con papá y con Brenna, con un teléfono que no funciona y con un avión que cruza a toda velocidad el bosque.

Me despierta un ronroneo.

Y algo suave y peludo que se frota contra mi mejilla.

Abro los ojos de golpe y suelto un grito de horror.

—¡Maldito bicho! ¡Fuera de aquí!

Me incorporo rápidamente. El animal da un salto hacia atrás y curva la columna en posición defensiva. Es un gato negro, de ojos verdes, que parece bastante cabreado. ¿Cómo diablos ha conseguido entrar? Ayer dejé las ventanas cerradas.

—Me has asustado —le recrimino mientras mi respiración recupera su ritmo habitual.

Él bufa como respuesta.

Miro el dormitorio y todo el peso de estos últimos días se instala de nuevo sobre mis hombros. Durante un segundo, había olvidado dónde estoy: en un pueblo minúsculo de Finlandia, a ocho mil kilómetros de casa, lejos de mi padre y su nueva familia. Lejos de toda mi vida. Lejos de Mike.

El gato maúlla.

—No vas a quedarte aquí —le advierto.

Tener un objetivo (sacar al dichoso gato de mi dichoso cuarto) hace que, al menos, no me venga abajo.

Él me observa impasible, ahora desde mi mesita de noche. Se ha sentado justo al lado de mi móvil. Parece que me esté restando a cogerlo para poder arrancarme la mano de un zarpazo. Nunca he tenido mascotas, pero sé algo sobre los gatos: son ariscos, insensibles y traicioneros. Por eso nunca me han gustado. Los odio aún más cuando pienso que, si alguien le preguntase a

Mike qué opinión tiene sobre mí ahora mismo, diría esas mismas palabras.

«Es arisca, insensible y traicionera».

«¿Cómo pudiste irte? ¿Cómo has podido dejarme aquí?».

Llaman a la puerta.

Me arrastro fuera del colchón sin perder de vista al intruso, por si acaso decide saltarme encima. Noto lo frío que está el suelo incluso a través de mis dos calcetines. Para estar más presentable, decido quitarme los pantalones del pijama y quedarme solo con las mallas térmicas que llevo debajo. Anoche desoí el consejo de John y apagué el fuego antes de meterme en la cama, a pesar de que la cabaña todavía no se había calentado, porque me daba pánico dormir con la chimenea encendida. Evidentemente, mi cuerpo no está acostumbrado a estas temperaturas, por lo que tuve que improvisar. No fui capaz de pegar ojo hasta que me puse encima casi toda la ropa que traía en la maleta.

No tengo ni idea de cuánto he dormido.

Voy hasta la puerta.

—Hay un gato en mi habitación —me quejo nada más abrir.

—En realidad, tú estás en *su* habitación.

Esa no es la voz de John.

Alzo la mirada. A diferencia de cuando llegué ayer, ahora sí hay luz y veo todo lo que me rodea. El paisaje invernal de Finlandia es espectacular. Y eso es lo que debería acaparar toda mi atención. La vegetación salvaje, el suelo cubierto de nieve, el lago congelado, el viento meciendo las ramas de los árboles, el cielo anaranjado, el sol escondiéndose tras el horizonte.

Pero no puedo dejar de mirar al chico que tengo enfrente.

Está apoyado contra la barandilla del porche delantero de la cabaña, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Tiene los ojos verdes, tirando a amarronados, y el pelo largo y alborotado, lleno de ondas castañas que no llegan a ser rizos. Hay algo en él que hace que el pulso se me acelere y apriete con fuerza la puerta entre los dedos. No sé muy bien qué es, pero me temo que voy a pasarme buena parte de mi estancia aquí tratando de descubrirlo.

Quizá sea su forma de observarme. Me está mirando como si creyera ver un fantasma. El silencio se alarga durante unos instantes que se me hacen eternos.

—¿Te conozco de algo? —La pregunta escapa de mis labios sin previo aviso. Me resulta extrañamente familiar.

Algo resplandece en sus ojos; ignoro si es sorpresa, tristeza o decepción. Sea como sea, desaparece tan rápido que, cuando esboza esa sonrisa encantadora, creo que han sido solo imaginaciones mías.

—Bienvenida de vuelta al mundo real, Bella Durmiente. Empezaba a pensar que nunca te despertarías. —Percibo cierta tensión en sus hombros, bajo esa chaqueta marrón tan abrigada que lleva puesta. Por lo demás, parece tan tranquilo que nadie que no le estuviera prestando demasiada atención (como hago yo) habría notado que es solo una fachada—. Soy Connor. Oksman —se presenta—. Uno de los hijos de John.

Hace unos años, en el instituto, aprendí que en la mente humana a veces se da un fenómeno conocido como «letológica». La palabra etimológicamente viene del griego, *lethe* significa ‘olvido’ y *logos* ‘palabra’. Hace referencia a cuando la memoria nos traiciona y se nos olvida justo lo que queríamos decir, aunque en el fondo sepamos lo que es. Suele pasar con cosas concretas, como nombres de libros, películas, lugares o personas. Si tuviera que describir a Connor con una frase, diría justo esa: es como tener un recuerdo en la punta de la lengua y querer darle vueltas y vueltas sin descanso hasta averiguar cuál es.

Me pregunto si él tendrá la misma sensación conmigo. Seguramente no y solo estoy desvariando. Será culpa del cansancio, del *jet lag*, o lo que sea.

—¿Cuántas horas he dormido? —Me siento un poco tonta al preguntárselo, pero me duele mucho la cabeza, todavía no he recuperado el sentido del tiempo y aquí anochece tan temprano que no puedo fiarme de mis instintos.

—Casi un día entero. Seguramente haya sido menos tiempo del que necesitabas. —No me pasa desapercibido que acaba de darme un repaso. Arqueo una ceja y él añade—: ¿Hay alguna razón por la que vayas vestida como si volvieras de una expedición en la nieve?

—Tenía frío. —Ahora mismo me arrepiento de no haberme mirado al espejo antes de abrir, pero no voy a dejar que se dé cuenta de que me pone nerviosa.

—Creía que mi padre te había dejado la chimenea encendida.

—La apagué antes de acostarme. No quería salir ardiendo.

—Preferías morir congelada. Entiendo.

—Tenía mantas. Y ropa. —¿Por qué diablos le estoy dando explicaciones?—. ¿Puedes sacar a tu gato de mi habitación, por favor?

Al oírme, chasquea la lengua y yo me pongo tensa cuando camina hacia mí. Se inclina para echar un vistazo al cuarto. De pronto está tan cerca que, por instinto, contengo la respiración. Aprieto la puerta hasta que me duelen los dedos.

—Se llama Onni. Significa ‘suerte’ en finés. Y es un alma libre. —No tarda en alejarse. Aun así, no me relajo—. De hecho, me sorprende que él no te haya echado de la habitación a ti.

Genial.

Resoplo, giro sobre mis talones y regreso al interior. Connor aprovecha que he dejado la puerta abierta para entrar sin preguntar —cosa que, por algún motivo, no me sorprende en absoluto—. El gato maúlla nada más verlo y salta al suelo para ir a frotarse contra su tobillo. Su dueño se agacha para acariciarlo.

—¿Tienes un gato negro que se llama Suerte? —Acabo de pararme a procesar esa información. Me arrodillo frente a la maleta para buscar algo que ponerme.

—Me pareció divertido —contesta Connor a mi espalda.

—¿Siempre acosa a los turistas?

—Solo a los que le gustan.

—Creo que ha intentado matarme.

—Lo dudo. Lo habría conseguido.

—¿Sabes? Eso no me consuela en absoluto.

Cuando lo miro por encima del hombro, descubro que me observa. El corazón se me acelera.

—¿Qué haces?

—Buscar ropa de abrigo. Hace un frío horrible ahí fuera.

—Mi casa está a diez metros.

—Serán diez metros de puro horror. —Vuelvo a mi tarea, saco un par de calcetines más y uno de los jerséis más calentitos que tengo—. ¿John te ha mandado a buscarme? —inquiero para romper el silencio.

—Algo así. Mis padres quieren que cenes con nosotros. Querrán presentarte a mis hermanos.

—¿Sois muchos?

—Demasiados para mi gusto. Puedo regalarte uno, si quieres.

Como llevo la camiseta térmica debajo de la sudadera, no me da pudor quitármela para ponerme el jersey. Connor ya no me presta atención; ha vuelto a agacharse para acariciar al gato, que no deja de ronronear.

—¿Eres el mayor?

—No. Esa es Sienna. Luka y yo somos los del medio. Somos mellizos. Nos distinguirás enseguida. Yo soy el guapo. Él es el que más gruñe. —Se incorpora justo cuando el gato sale corriendo de la cabaña, a saber adónde—. Niko es el pequeño. Luka lo llama monstruito, pero no es para tanto. Podría ser peor. Yo era mucho peor.

Si la idea de pasar más tiempo con Hanna y John ya me causaba vértigo, ahora, sabiendo que son tantos en la familia, esa sensación se ha acentuado. Sin embargo, no pienso echarme atrás. Voy a hacer esto. Por mamá.

—¿Seguro que habrá sitio para mí en la mesa?

—¿En la mesa? Claro que no. Estás en Finlandia. Aquí los invitados comen en el suelo.

—Muy gracioso.

—Puedes sentarte al lado del gato.

—Ese bicho no me cae bien.

—¿Vienes aquí a burlarte de nuestras tradiciones y menospreciar a nuestras mascotas?

Noto lo mucho que le cuesta reprimir la sonrisa. Decido ignorarlo y continúo vistiéndome. Me pongo el abrigo y los vaqueros, y vacilo a la hora de coger las botas.

—¿Os quitáis los zapatos antes de entrar en casa?

Alzo la mirada y sus ojos conectan con los míos. Veo cierto cambio en su expresión, como si por alguna razón mi pregunta le hubiera parecido muy relevante.

—Necesitarás un calzado más adecuado para el frío, pero sí. Ponte unos calcetines bonitos. —Vuelve a hundir las manos en los bolsillos. De nuevo, noto esa ligera tensión en sus hombros mientras se gira para salir de la habitación—. Me alegro de saber que al menos hay cosas que no has olvidado.

*Maeve*

Al anochecer, a mediados de abril, mientras fuera hay una temperatura de varios grados bajo cero, en la casa de John y Hanna hace calor y huele a pan caliente, mantequilla y sopa de pescado.

He seguido a Connor desde la pequeña cabaña adosada en la que me alojo hasta su casa. Aunque no tardo mucho en equiparme —con mis botas, mi anorak y mi gorro; no he renunciado a nada a pesar de su insistencia—, cuando salimos el sol ya ha desaparecido. En el lago todavía se reflejan los colores anaranjados del cielo y, a lo lejos, en el bosque, la brisa mueve las hojas de los árboles. Connor va detrás de mí todo el rato. No me libro de la sensación de tener sus ojos encima hasta que llegamos a su casa y se adelanta para abrir la puerta.

—¿Es para la nieve? —le consulto cuando entramos en ese cubículo con una rejilla en el suelo que me llamó la atención ayer. Él asiente mientras se sacude las botas.

—Aquí nieva durante la mayor parte del año. Lo de la doble puerta es por el frío, ayuda a mantenerlo aislado. Quítate los zapatos. Y el anorak, el gorro y todo lo que llevas. Ya te he dicho que ibas a morirte de calor aquí.

Es cierto que la calefacción está muy alta —lo noto nada más entrar—, pero, viendo la temperatura que hace fuera, la idea de renunciar a mi ropa de abrigo me genera bastante desconfianza. Connor ni siquiera me deja contestar. Se quita las botas y la chaqueta y se dirige al mostrador. Debajo solo lleva una camiseta de manga corta.

Me apresuro a hacer lo que me ha dicho y a seguirlo antes de que me deje atrás.

—¿Qué pone? —Señalo el cartel de la pared. Está escrito en finés.

—La Perla. Es el nombre del hostel. —Si le molesta que no deje de hacerle preguntas, no muestra señales de ello—. No vienen muchos turistas, así que la mayor parte del tiempo se la dedicamos a la tienda. Surtimos al pueblo de los productos básicos. Si alguien necesita algo más... especial, tiene que ir a buscarlo a la ciudad. Está a unos veinte kilómetros.

Cruzamos la puerta que hay tras el mostrador, que conduce al interior de la casa; en concreto, a una acogedora salita de estar con una chimenea y un par de sofás. Se oye ruido desde la habitación del fondo, donde imagino que estará el comedor.

—¿Cómo se llama la ciudad?

—Nokia.

«Anda, yo tuve uno de esos».

—¿Tus padres siempre se han dedicado a esto?

—¿A La Perla? Sí. Es el negocio familiar. Antes pertenecía a mis abuelos, mi madre lo heredó y ahora lo llevamos nosotros.

—Nos detenemos frente a la puerta cerrada—. ¿Preparada?

La abre antes de que me dé tiempo a decir que no.

Hay unas cinco personas en el comedor. Tres de ellas son rubias y de tez pálida —Hanna, un chico de la edad de Connor y el niño—; el resto, castañas —John y una chica que debe de sacarme unos diez años; ambos se parecen mucho a Connor—. Hay mucho movimiento en la sala; mientras John y Hanna terminan de preparar la comida, sus hijos ponen la mesa para cenar. Todos los muebles son de madera y las paredes están llenas de fotografías. Para tratarse de una familia tan numerosa, hay menos ruido del que esperaba; eso evita que al verlos retroceda de manera automática.

Hanna no tarda en percatarse de nuestra presencia.

—¡Connor! —exclama. Le dice algo en finés que yo, evidentemente, no entiendo.

Intercambian unas palabras rápidas.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto a Connor en voz baja.

—Me ha reñido por haber ido a buscarte.

Frunzo el ceño. Tenía entendido que le habían pedido que lo hiciera.

—¿Y qué le has contestado tú?

—Que quería que tuvieras un buen despertar. —Sus labios se curvan en una sonrisa canalla, aunque el gesto no le llega a los ojos—. Además, no habría estado bien dejarte cenando sola en la cabaña después de que hayas cruzado el mundo entero para venir aquí.

—Maeve, cariño, ¿cómo estás? ¿Has dormido bien? —Hanna se acerca a nosotros. Al verla, Connor se esfuma como si temiera que fueran a desterrarlo a cenar fuera, en la nieve—. Espero que hayas podido descansar. John me dijo que la calefacción de la cabaña se había estropeado.

Se la ve bastante compungida. Niego para restarle importancia. Es extraño que no la conozca de nada y aun así su preocupación por mí me resulte tan reconfortante.

—He dormido bien. Gracias, Hanna. —Veo el plato que John está llevando a la mesa y me rugen las tripas. Siento una oleada de vergüenza. Llevo casi un día entero sin comer.

Al menos Hanna tiene la consideración de no comentarlo.

—Ven, te presentaré a mis hijos. Sienna, Niko, Luka, venid a saludar.

La sigo hasta la mesa, donde la chica, que debe de tener unos veintiséis o veintisiete años, ya ha tomado asiento. Tiene el pelo castaño suelto por encima de los hombros. Me recibe con una sonrisa amable.

—¡Maeve! —me saluda alegremente. Por su entusiasmo creo que me dará un abrazo. Lo que hace en lugar de eso es estrecharme la mano—. Qué bien verte de nuevo por aquí. Soy Sienna. ¿Te acuerdas de mí? Ha pasado mucho tiempo.

Noto un sabor amargo en el paladar. Ella debía de ser una adolescente cuando me fui. Es comprensible que lo recuerde. Ojalá lo hiciera yo también.

—¿Éramos amigas? —inquiero con timidez.

—Más o menos. Cuidaba de ti de vez en cuando. Era algo así como tu niñera.

—Espero que me portase bien.

—Ah, te portabas mejor que ese de ahí —bromea, señalando a su hermano Connor.

—¿Qué tal, Maeve? —John me saluda mientras deja una cacerola en la mesa.

—Es sopa de pescado —susurra Sienna.

—Siéntate —me indica Hanna—. Le pediré a los chicos que traigan más cubiertos y otra silla. No sabía que ibas a unirte a nosotros para cenar.

Aunque imagino que no ha sido un comentario malintencionado, eso no quita que me haga sentir un poco fuera de lugar. Me he metido en su casa, al parecer sin invitación, a cenar con su familia. Ya es demasiado tarde para echarse atrás, de modo que tomo asiento tal y como me ha dicho. Cruzo las manos sobre el regazo, inquieta. Se han puesto a hablar en finés otra vez.

Un dedo minúsculo me toca la pierna.

—Alguien te ha apagado el pelo. —Se trata de Niko, el niño al que Hanna acunaba anoche. Tiene los ojos grandes y azules, como su madre. Seguro que no ha visto a nadie por aquí con el pelo tan oscuro.

—Al tuyo le han quitado el color —le sigo la broma, ya que es blanco como la nieve.

El crío hace un puchero.

Y se pone a llorar.

—¿Se te dan mejor los niños o los gatos?

Connor se sienta a mi lado. Ahora ya no se molesta en reprimir la sonrisa.

—Haz que pare —le suplico desesperada.

Él se pone serio y le dice algo a Niko en finés. El niño deja de llorar y pasa a mirarme con los ojos muy abiertos.

—¿Se puede saber qué le has dicho?

—Que te lo llevarás al calabozo como suelte una lágrima más —confiesa Connor con tranquilidad. Yo entrebro los labios como una idiota—. ¿Me pasas la mantequilla?

Sin perderme de vista, Niko retrocede a toda prisa y se sienta en la otra punta de la mesa.

No vuelve a llorar.

Le paso a Connor la mantequilla, todavía sin salir de mi estupor; él coge un trozo de pan de la cesta y comienza a untarla como si nada.

Mientras tanto, Sienna no nos quita los ojos de encima.
—¿Desde cuándo te sientas aquí? —se burla de Connor.
Él se encoge de hombros.
—Desde hoy.
—Es una decisión interesante.
—Sienna, cállate.

Divertida, ella le contesta algo en finés. Connor le saca el dedo de en medio mientras le da un mordisco a su tostada.

Me pregunto si alguna vez, cuando papá, mamá y yo todavía vivíamos aquí, mi casa fue de esta manera. Si nos sentábamos a comer o a cenar juntos y si mamá me preguntaba cómo me había ido el día y me ayudaba con los deberes. El ambiente en mi casa lleva años siendo tan... frío que me cuesta imaginarme que algún día pudo ser de otra forma.

Hay siete horas de diferencia entre Sarkola y Miami. Me pregunto qué estará haciendo mi padre ahora mismo. Dirige una de las empresas de tecnología más importantes del país, por lo que ahora debe de estar almorzando en la oficina mientras Darren, su secretario, le recuerda las reuniones del día. Luego volverá a su mansión y cenará con Brenna, su mujer. Brenna es también una mujer de éxito; trabaja en una reconocida agencia inmobiliaria y, de hecho, fue ella quien encontró la casa que ahora comparte con mi padre. La verdad es que no tenemos mucha relación. Nunca he sentido que ese sitio fuera mi hogar.

Hace años que no piso esa casa. Cuando empecé la universidad, me mudé a un pequeño *loft* en la ciudad porque necesitaba salir de allí. Hice un año de Empresariales —a petición de papá— hasta que me di cuenta de que no era lo mío y me mudé a Portland para estudiar Comunicación Audiovisual. En realidad, no tenía ningún motivo para irme a la otra punta del país, más que mi deseo de alejarme de mi vida tanto como fuera posible. Supongo que había una parte de mí que desde el principio supo que algo no encajaba. En Portland acabé compartiendo piso con una chica llamada Leah. Podría haber elegido cualquier otra carrera. No tenía —ni tengo— nada claro mi futuro. A mediados de semestre, decidí que todavía no estaba lo suficiente lejos y que era hora de dejarlo todo atrás. Fueron Leah y su novio los que me llevaron al aeropuerto.

Y ahora estoy aquí.

Debería escribir a Leah para darle las gracias. Y para decirle que, dentro de lo que cabe, estoy bien. Llevo días sin dar señales de vida. Seguro que está preocupada. Y apostaría lo que fuera a que su novio, Logan, está bastante cabreado conmigo por eso.

Nunca entenderé el mal humor constante de ese chico.

Me saco el móvil del bolsillo. Nada. Tal y como esperaba, sigo sin cobertura.

—Necesitarás una tarjeta nueva. —John pasa por mi lado para dejar la cacerola humeante en la mesa—. Luka puede traerte una la próxima vez que vaya a recoger los pedidos del almacén.

—¿Que yo qué? —replica otra voz. Alzo la mirada para ver a ese tal Luka en pie frente a mí.

Connor y él se parecen mucho. Los dos tienen la mandíbula marcada, la nariz chata y los hombros anchos, pero mientras que Connor es castaño, como su padre, Luka tiene el pelo de color rubio platino. También posee una mirada más severa. Lo noto especialmente cuando posa sus ojos azules sobre mí.

—Veo que has vuelto —comenta. Su rostro permanece inexpresivo—. Estás muy cambiada.

—Es lo que ocurre cuando llevas catorce años sin ver a una persona, cariño. Que cambia. —Hanna viene a sentarse a la mesa también.

Connor coge el cucharón y me lo planta en la mano.

—Sírvete —me insta, como si supiera que no iba a atreverme a hacerlo a menos que me lo dijeran. A continuación, se dirige a todos los demás—: Puedo encargarme de la tarjeta de Maeve. La compraré cuando vaya a la ciudad. De todas formas, ¿sabes que puedes conectarte al wifi?

—Déjalo. Me ocupo yo. Tengo que pasarme por el almacén. Puedes venir conmigo —me ofrece Luka, para mi sorpresa—. Iremos al supermercado para que compres lo que necesites.

Connor abre la boca para replicar. Yo me adelanto:

—¿Podemos pasar por un sitio antes?

Luka arruga la frente.

—¿Adónde quieres ir?

—A la casa de mi madre.

Un silencio se adueña del comedor.

Hanna se aclara la garganta.

—Claro. Luka puede llevarte —contesta, lanzándole una mirada rápida a su hijo, que no me pierde de vista—. Connor, Fredrika necesita ayuda para despejar de nieve el camino a su casa. Ya que Luka estará ocupado, ¿puedes hacerlo tú?

Durante un instante, creo que va a decir que no. Acaba asintiendo con la cabeza.

—Claro. Me encargo yo. —A continuación, se gira hacia su hermano—. Ten cuidado en la carretera mañana. Dicen que va a nevar mucho.

—Hablas de mí como si fuera un temerario —le reprocha Luka.

—Eres un temerario.

—¿Y desde cuándo te importa?

—No irás tú solo en el coche —le recuerda Connor con sequedad—. Haz lo que quieras con tu vida, pero no pongas en riesgo la de los demás.

—Connor —lo reprende su madre.

Incluso a mí se me ha revuelto el estómago. A mi lado, Sienna resopla con aburrimento.

—Son como críos —me asegura—. Niko es bastante más maduro que ellos.

—Ya sé contar hasta cien —aporta él, sacando pecho con orgullo. Luego nota que lo estoy mirando, recuerda las palabras de Connor y se apresura a fijar la vista en su plato.

La tensión del ambiente podría cortarse con un cuchillo. Por suerte, no dura mucho más. John me pide el cucharón para servir la sopa y los hermanos por fin parecen tranquilizarse. Empezamos a cenar en un silencio en el que solo se oye el repiqueo de los cubiertos. No recordaba cómo era la comida de Finlandia. Me tranquiliza comprobar que, al menos, la de John está bastante bien. Sienna me pasa la cesta con pan para que coja un trozo.

—¿Conseguiste mantener encendida la chimenea? —se interesa John.

—Hay que revisar la calefacción de la cabaña —interviene Connor—. No funciona.

Su padre suspira.

—La he revisado esta mañana. Tendré que llamar al técnico. No podremos hacer mucho por nuestra cuenta.

—Podemos darle a Maeve otra habitación —propone Hanna.

—Puede quedarse en la que está al lado de la nuestra —conviene Sienna—. No vamos a dejarla ahí fuera y matarla de frío.

—¿Cuándo dices que te vas?

Ese ha sido Luka.

Ahora entiendo por qué Connor me advirtió que no hacía más que gruñir.

—Todavía no lo tengo claro —admito.

—No quiero que duerma cerca de mi cuarto —lloriquea Niko.

Por el rabillo del ojo veo que Connor trata de ocultar una sonrisa.

—¿Te parece bien dormir en una de las habitaciones de arriba? Sienna, John y yo estaremos justo al lado —dice Hanna.

—Cualquier habitación estará bien. —Sonrío—. Gracias.

Ella busca la mirada de su marido, que asiente para darle ánimos, antes de añadir:

—Me gustaría hablar contigo a solas después de cenar, si te parece bien...

—Sí —respondo enseguida—. Sí, claro.

El resto de la cena transcurre entre conversaciones triviales.

Me ofrezco a recoger la mesa al terminar, ya que no me han cobrado nada por la comida, pero todos se niegan rotundamente. Solo consigo quitar mi plato y el de Niko, que prácticamente ha saltado de su silla al ver entrar a Onni en la cocina. Después sigo a Hanna a la que creo que será mi nueva habitación. La escalera de madera cruje bajo nuestros pies. Arriba la decoración es tan acogedora como en el piso de abajo. Hay fotografías familiares por todas partes; colgadas en la pared y encima de los muebles. Me basta con ver algunas de refilón —de Connor y Luka de niños, de John y Hanna el día de su boda— para obtener una respuesta para la pregunta que me hice antes.

No.

Estoy segura de que mi casa nunca fue así.

Hanna me conduce hasta una pequeña salita frente a la escalera. Me sorprende no ver la cama nada más entrar. Poco des-

pués compruebo que no es un dormitorio, sino algo parecido a un estudio de trabajo. Hay varios percheros con ropa y una máquina de coser.

—Es mi pequeño taller —me explica—. Lleva aquí desde que era niña, cuando la casa todavía era de mis padres. A tu madre le encantaba subir aquí conmigo. Le hacía vestidos a medida para todas las ocasiones especiales.

—¿Eres costurera? —curioso, pasando la mano distraídamente por los vestidos que hay colgados. Son de diferentes telas y colores.

—Es más bien una afición. Ahora son mis hijos los que tienen que aguantarlo. Les hago un jersey nuevo cada año por Navidad. —Suelta una risita—. Bueno, y Sienna con la boda, claro. Va a casarse con un abogado de un pueblo cercano. Llevan muchos años juntos. Es un gran hombre, ya verás. Seguro que lo conocerás pronto.

—Hanna. —Cuando me giro hacia ella, distingo cierta tristeza en su rostro, como si ya supiera lo que voy a preguntarle—. Mi madre y tú erais amigas, ¿verdad?

—Muy amigas. Desde pequeñas. —Sigue sonriendo, pero veo el dolor que esconden sus ojos. Baja la mirada, quizá tratando de ocultarlo—. Tu madre adoraba este pueblo. Siempre pensé que acabaríamos viviendo aquí, una al lado de la otra, juntas, tal y como habíamos estado siempre. Pero yo conocí a John, que se enamoró de Finlandia, y ella se casó con tu padre, que tenía otras aspiraciones. Cuando él nos dijo que la habían ingresado en el hospital, que había sido a raíz de un infarto..., tuve la esperanza de que todo saliera bien y pudiéramos vernos de nuevo. Pero todo ocurrió muy rápido, ¿verdad? Ni siquiera nos dio tiempo a llegar al funeral. Intenté ponerme en contacto contigo, Maeve. Y con tu padre. Nunca recibí respuesta. No me imagino lo duro que tuvo que ser para vosotros perderla de esa forma tan inesperada...

—Siento que mi padre no contestara. —Ahora yo también tengo la voz ronca. No sé cómo Hanna intentó contactar conmigo, pero, si me envió mensajes, yo nunca los recibí—. No es una persona muy... abierta. No desde entonces, al menos.

—Cada uno afronta el dolor de una manera distinta.

Tal vez tenga razón. Aun así, me costaría mucho menos no odiar a mi padre si su manera de «afrontar el dolor» no fuera guardar bajo llave todos los recuerdos de mamá.

—Cuando os marchasteis nunca pensé que sería la última vez que vería a tu madre —me confiesa Hanna—. La vida es tan... imprevisible, ¿no crees? Tenemos la falsa idea de que disponemos de todo el tiempo del mundo, y, de pronto, sucede algo fortuito, y tienes que decir adiós... —Se interrumpe al notar el modo en que la observo. Sacude la cabeza—. Perdóname, cariño. No debería hablar contigo de esto.

—No —la interrumpo a toda prisa—. Quiero que hables conmigo de esto.

«Quiero dejar de tenerle miedo a hablar sobre la muerte».

«Quiero hablar sobre mi madre».

«Quiero saber si me quería».

«Necesito saber si me quería».

Hanna debe de leer todas las preguntas en mi rostro. Esboza una sonrisa triste.

—Quiero que te quedes el tiempo que necesites. Esta es tu casa. Y nosotros somos tu familia. Tu segunda familia. Eso es lo que tu madre era para mí. Me gustaría cuidar de ti como ella habría cuidado de cualquiera de mis hijos si estuvieran en tu situación. Prométeme que me dejarás hacerlo.

—No me gustaría causar ninguna molestia.

—No eres ninguna molestia —me asegura—. Hay un lugar aquí para ti, si tú lo quieres.

Como ha dicho Hanna, la vida es imprevisible. También es curiosa. Mordaz. Irónica. Llevo años esperando oír unas palabras como esas y, ahora, mientras las escucho, lo único que puedo pensar es que no sé qué decir. «Sí, lo quiero». «Necesito encontrar mi lugar». «Necesito saber que pertenezco a alguna parte».

Pero, al otro lado del mundo, sigue estando papá.

Y Mike.

Mike, Mike, Mike, Mike, Mike.

No voy a ser capaz de formular una palabra sin arriesgarme a que se me rompa la voz. Me limito a asentir. Y con eso basta.

—Era una buena persona, ¿verdad? —me atrevo a añadir,

una vez que Hanna se ha girado para encender su máquina de coser—. Mi madre.

—Una de las mejores que he conocido.

—Me gustaría saber más sobre ella. Por eso quiero ir a su casa. Yo era tan pequeña cuando murió que no recuerdo nada y mi padre nunca me ha dado detalles. He pensado que quizá estando aquí, donde ella vivió, pueda aprender un poco más. Conocerla mejor.

El rostro de Hanna se llena de comprensión. Me siento como si acabase de quitarme un enorme peso de los hombros.

—La casa se conserva bastante bien. He estado cuidándola.

—¿De verdad?

—Tu madre me habría matado si hubiera dejado que la casa de sus sueños acabase sepultada por la nieve —bromea—. ¿Tienes la llave? ¿Necesitas una?

—Tengo la suya. —Y la llevo guardada en el bolsillo trasero del pantalón. No sé por qué se me ha ocurrido cogerla cuando Connor ha venido a buscarme antes. Supongo que me siento más segura, menos sola, si la llevo conmigo.

—Le diré a Luka que te lleve mañana, cuando amanezca, para que podáis aprovechar las horas de luz. Así podrás echar un vistazo y coger lo que te apetezca. Él te ayudará. Se vuelve menos gruñón cuando empiezas a conocerlo.

—Es bueno saberlo.

Hanna suelta una risita.

—Les vendrá bien que estés aquí. A los dos, pero sobre todo a mi otro hijo, Connor. Ya habrás notado que es encantador. —Se vuelve de nuevo hacia la máquina de coser y recoge unas telas sueltas que había en la mesa—. Estaba colado por ti cuando erais niños. Tanto que, esta mañana, cuando le he contado que habías vuelto, ha ido corriendo a buscarte para ser el primero en hablar contigo.



En el anverso, dos niños mellizos (uno rubio y otro castaño) miran a la cámara con cara de circunstancia. Tienen las manos manchadas de nata y chocolate y una tarta de cumpleaños destrozada en el suelo, a sus pies. La autora de la fotografía sabía que, por más que ellos insistiesen, era mala idea dejar que fueran quienes la llevaran a la mesa.



En el anverso, una bebé de un año se ríe sin dientes y alarga la manita para intentar tocar el fuego de la vela de su tarta improvisada. A su lado, un niño castaño hincha el pecho con orgullo. Lo de utilizar una torre de donuts de chocolate para reponer la tarta fue idea suya. No era un pastel, pero era mucho mejor que nada.

Al año siguiente las dos familias lo harían también, lo de sustituir el pastel de cumpleaños de la niña por una torre de donuts. Les parecía algo especial. Y a ella le encantaba.

Así que lo harían también al año siguiente.

Y al siguiente.

Y al siguiente.

Y al siguiente.

Hasta que, un año, poco después de la muerte de su madre, ella dejase de celebrar sus cumpleaños así. Su padre le compraría un pastel y todo volvería a la normalidad.

La tradición quedaría olvidada, como muchos otros detalles de su infancia.